



Cuadernos del CILHA n 40 – 2024 | publicación continua

ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha>

CC BY-NC 4.0 international

Pp. 1 - 11

# Introducción al *dossier*: La cultura literaria latinoamericana: circulación de textos, dispositivos reticulares, revisión del archivo y giro material

*Introduction to the Dossier: Latin American  
Literary Culture: Circulation of Texts, Reticular  
Devices, Archive Review and Material Turn*

**Claudio Maíz**

 <https://orcid.org/0000-0001-5312-374X>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
Universidad Nacional de Cuyo

 [cl\\_maiz@yahoo.com.ar](mailto:cl_maiz@yahoo.com.ar)

Argentina

**María Florencia Antequera**

 <http://orcid.org/0000-0003-4945-7872>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales  
Universidad Nacional de Rosario

 [florencia.antequera@conicet.gov.ar](mailto:florencia.antequera@conicet.gov.ar)

Argentina

El propósito que anima el *dossier* consiste en poner a prueba una noción más amplia de literatura. Tal es la razón por la cual preferimos adoptar el sintagma “cultura literaria”, en virtud de que ensancha los límites de lo que configura el hecho literario. Hay primordialmente un interés relacional en la adopción de una cultura literaria que no se agota en el libro, el autor o los contenidos. Este posicionamiento demanda operaciones que recaen sobre el archivo, no solo con fines de revisión y exploración, sino también de reactualización de aquellos objetos ya visualizados, pero susceptibles de nuevos abordajes. Circulación, transformación de materiales, comunidades letradas en red, recepción, traducción en el marco de los giros materiales y espaciales constituyen marcos



referenciales para la cultura literaria. Tomamos distancia del librocentrismo para desplazarnos hacia textos públicos (artículos periodísticos, revistas, manifiestos, programas, actas de congreso y otros impresos) que denotan transformaciones genéricas, formales, temáticas, aunque sin excluir aquellos otros producidos en las esferas íntimas (diarios, cartas, por ejemplo). Esto no significa que excluyamos al libro, sino que se lo aborda desde una sociología del texto. La producción de sentidos no deviene de un funcionamiento automático e impersonal del lenguaje. Esta perspectiva asimismo puede contribuir a una teoría de los cambios en la cultura literaria latinoamericana del siglo XX en el campo de los estudios historiográficos. No se pretende la escritura de una historia literaria, propósito siempre en disputa, sino una puesta a prueba de los sentidos que han adoptado ciertos episodios de la cultura literaria que no necesariamente responden a la sucesión cronológica o a un desprendimiento entre materialidad y significados. Los fenómenos de la escritura se ponen en vinculación con la cultura impresa y ya con ello entramos en un campo de transformaciones al agrupar nuevamente la estructura verbal a la materialidad. El giro espacial tiene que ver, asimismo, con la capacidad de tender las líneas de asociación entre espacios locales, nacionales y transnacionales.

Una pregunta sobrevuela el material que presentamos: ¿cómo diseñar una historia de la cultura literaria en la que se pongan a prueba herramientas alejadas del positivismo, el desentendimiento de la historicidad de las formas del estructuralismo y la deconstrucción, de paradigmas bifrontes como influencia/recepción, centro/periferia, exterior/interior, autor/productor, libro/texto, culturas de regiones/culturas metropolitanas? A esto se debe sumar nuestra perspectiva claramente transnacional, superadora de los componentes atribuidos a identidades recortadas por fronteras políticas. La historia, la crítica y teoría de una cultura literaria demandan –para su realización más actualizada– la interdisciplinariedad y la exploración de nuevos horizontes que amplíen nuestros saberes. Los estudios culturales, la historia de la cultura, la historia intelectual, los estudios sobre la cultura impresa, el giro espacial, el giro material y las formas de sociabilidad a través de las redes son algunos requerimientos que afectan los estudios de la cultura literaria. La renovación o rediseño que suponen estos instrumentos despliega un abanico de posibilidades capaces de develar nuevos objetos o reactualizar otros. En el clásico texto “Cotidianidad literaria” (publicado en 1929), Boris Eichenbaum ya avizoraba que el “cambio de problemas y de signos semánticos” inducía a una “reagrupación del material tradicional” y, que, de tal manera, se introducían “hechos nuevos que no estaban incluidos en el sistema anterior, a causa de su natural limitación” (Eichenbaum, 2004, p. 316). La nueva serie de hechos proviene de una o más “correlaciones”. Lo que puede parecer un “descubrimiento” no ha sido sino una existencia que ha permanecido al margen del sistema. De manera que nuevos problemas no resultan de “descubrimientos”, sino de acciones procedentes de la puesta en función de una “ontología relacional” capaz de alcanzar resultados no calculados.

Nuestro interés está enfocado en las prácticas más que en los contenidos; en otras palabras, la manera en cómo los contenidos se presentan como inescindibles de las prácticas. Aún más, las prácticas mismas están potencialmente en los contenidos. Esta proposición no implica un desinterés por los contenidos, sino una redefinición de estos a



través de la materialidad que los presentifica en un impreso. No consentimos una cesura entre los significados y las modalidades históricas de trasmisión, recepción e interpretación. La conocida distinción significante/significado nos ayuda a entender mejor la idea de un signo que opera en la cultura literaria. Estamos más interesados en avanzar con la ayuda de algunas nociones provenientes de la antropología y la sociología de las relaciones en el interior de la cultura literaria, es decir aquella cultura que abarca la dimensión material y simbólica de sus producciones. En consecuencia, el punto de partida necesariamente debe romper con algunas fronteras críticas que imponen campos extremadamente específicos. Afirmamos entonces que nuestra base epistemológica adopta la noción de cultura literaria. Entendemos por cultura literaria un complejo sistema que abarca desde los procesos comunicacionales a los problemas implicados en la autoría, élites letradas, la historia de las formas, el lugar de enunciación, la circulación, la recepción, la traducción y la sociabilidad intelectual de las redes. Una cultura literaria se interroga también por los contextos insertos o permeados en el texto tanto como los efectos que se identifican en los lectores. Por lo tanto, agentes editoriales, autores, lectores, textos, contextos constituyen nodos que se definen a sí mismos mediante la relación con uno de ellos o con todos. No es la mismidad su carácter fundamental sino la relación. Ensanchar nuestra noción de la literatura como una cultura nos da también la posibilidad de justificar la incorporación de otros campos de estudio, así como también las metodologías que les son propias. Especular sobre la cultura literaria como una dimensión simbólica del mundo social modifica los *constructos* historiográficos conocidos.

Nuestro tema no atañe a todo el entramado hasta aquí mencionado de la cultura literaria, sino que conforma, como se dijo, el marco conceptual desde donde partimos para organizar este *dossier*. Necesitamos valernos de algunos de ellos para poner de relieve nuestro principal interés: las funciones relacionales tanto como los mecanismos que las actualizan en la cultura impresa. Por la amplitud y la pluralidad se impone un recorte. Lo afirmado demanda probablemente un ejemplo que ilustre algunas implicancias que nos interesan. El último libro de crónicas editado en vida por Rubén Darío en 1912 y titulado *Todo al vuelo* tiene algunas particularidades que cabe destacar. El lugar de publicación es Madrid; la editorial que lo publica es Renacimiento, también de la capital española. El libro es una compilación de crónicas aparecidas años antes en el diario *La Nación*, situado en una metrópoli latinoamericana como Buenos Aires, y que Darío recoge en un orden cronológico distinto al que tuvieron en el diario argentino. No es la única alteración que introduce: los materiales transcritos son reorganizados en secciones y se advierten diferencias entre las publicaciones provenientes del periódico y las que componen el libro. Un equipo de investigación de la Universidad Nacional de Mar del Plata lleva adelante la edición crítica del texto dariano y ha llamado la atención sobre los vasos comunicantes entre “textos decimonónicos o del entresiglo y los de la segunda década del XX” (Scarano, 2020, p. 361). Se plantea como parte de la investigación “centrarse en la trasposición del texto, desde el diario al volumen antológico, en el pasaje de las páginas del periódico [...] hacia el volumen que las reúne [...]” (Scarano, 2020, p. 361). En consecuencia, las coordenadas espacio-temporales que Darío varía no se someten a la lógica cronológica ni

a una fijeza geotextual (los textos ‘migran’ de un lugar a otro, en este caso de Buenos Aires a Madrid). El estudio observa además que “[L]a secuencia del material seleccionado es discontinua” y “se incluyen textos muy anteriores a la fecha de compaginación y edición del volumen” (Scarano, 2020, p. 362). El criterio para organizar el plan textual del libro se dispone en un orden no cronológico que se complementa con una selección heterogénea y diversa de los materiales. Entre las conclusiones parciales del estudio, el propósito relacional es concluyente, debido a haberse organizado en torno “a dos ejes [...]: la temporalidad propia del género (la crónica) y la subjetividad heterogénea que se construye en estos textos, ambas ligadas a las novedades y particularidades de la época de la llamada ‘era del cable submarino’” (Scarano, 2020, p. 362). Estimamos que la presentación de este caso pone en evidencia que *Todo al vuelo* es más el resultado de un proceso que un producto concebido por una lógica lineal. El libro como resultado o proceso nos permite apreciar que al momento de la composición se moviliza una serie de factores heterogéneos. En efecto, afloran desde decisiones subjetivas en el orden y selección a condiciones tecnológicas como la “era del cable” –factor tecnológico– pasando por la sustitución de formatos, esto es, el paso del periódico al libro, entre otros indicadores.

Aportamos un caso más que no se relaciona con el orden del discurso, sino con la iconografía que es constitutiva del texto. En este ejemplo, la materialidad no puede desentenderse de los significados. En la edición original *La Vorágine* (1924) de José E. Rivera, se introducen tres fotografías: donde la primera adjuntaba el siguiente escrito: “—Arturo Cova, en las barracas del Guaracú. Fotografía tomada por la matrona Zoráida Ayram”. La siguiente decía: “—El cauchero Clemente Silva; y la última fotografiaba a un cauchero cortando la superficie del tronco de un árbol”. Sin embargo, lo fotografiado no es cierto, puesto que, al parecer, son postales compradas por Rivera en Manaos y el personaje de la primera foto es el mismo Rivera. Si bien es cierto que las fotografías representaban pruebas que hacían más verosímil la novela de acuerdo con el paradigma realista, en las ediciones posteriores las imágenes desaparecen y se limitan solamente a la edición del texto. En tales circunstancias, el proceso del libro está determinado por el horizonte de lectura que no demanda de aquellos artificios de verosimilitud porque la comunidad lectora ha forjado otra noción de la ficcionalidad.

A la luz de lo presentado, está claro que nos distanciamos tanto del “librocentrismo”, como de las lecturas inmanentes y los abordajes que abandonan lo contextual. Para decirlo de una vez, el objeto de investigación concentra textos, élites letradas en red, comunidades lectoras, agentes de la cultura impresa, políticas editoriales como la dinámica que desencadenan y esta convergencia se justifica debido a que el ensamble se ha desarrollado a partir de la perspectiva relacional (no comparatista). La “ontología relacional” implica que todo lo que “es” es en relación. De manera que la relación, las huellas interculturales, los dispositivos y agenciamientos son los que dinamizan los fenómenos propios de la cultura literaria. Dónde ubicar aquello que se nos presenta como inasible o de contornos borrosos, que atañe también a la orientación general de nuestra propuesta. Qué hacer con lo que no se atiene a los razonamientos tradicionales (cronología, causa-efecto, orden tal como se pudo apreciar en el caso de la recopilación de crónicas de Rubén Darío o los “efectos” de realismos en Rivera). Procuramos darle



cabida también a lo ambiguo, irregular, caótico o paradójico. La acción no obedece a la intención de mostrar el lado “oscuro” de la cultura literaria sino un intento por hacer visible lo que de una u otra manera siempre ha estado ahí, pero en un plano secundario (Cáceres Riquelme, 2019).

Es necesario transitar un cambio paradigmático que va de lo simple a lo complejo, de lo mecánico a lo multidireccional y de un orden en construcción. La resistencia para admitir tanto las transformaciones, las dinámicas vinculares, como las mediaciones tiene que ver con factores que incumben a interfases, configuraciones, lo no definido, lo fluctuante. Estos “residuos” de la modernidad tales como lo intempestivo o lo emergente quedaron fuera de la inteligibilidad por la dificultad que presentan a la hora de una clasificación. ¿Cómo *determinar* la energía social (Greenblatt, 1991), la economía emocional (Illouz, 2007) o los rituales de interacción (Collins, 2009)? En suma y siguiendo en esto a Bachelard (1957), aquella división clásica que separaba la teoría de la aplicación dejaba de lado la necesidad de incluir las condiciones de aplicación en la teoría misma. Si la relación se sitúa en el plano de la teoría, los resultados de su aplicación precisan visualizarse en una formulación conjunta. En otras palabras, lo que acerca el pasaje de una carta al fragmento de un diario –plano de la intimidad– y a la divulgación de ello en un impreso público por parte de un mismo sujeto es el relacionamiento que se ha establecido entre ellos. Por lo dicho es que necesitamos afianzar los mapas reticulares que resultan de una “ontología relacional”, y precisamente las redes intelectuales, factuales o afectivas se definen por medio de lo relacional, de ahí la inherente importancia que encierran para nuestros propósitos. En cierto modo, a diferencia de lo que propone una sociología del texto, en las redes existe una inmaterialidad relevante que es necesario complementar con la materialidad aludida por medio de otras incursiones poco o nada frecuentadas. Los contenidos semánticos no se entretajan a través de sujetos individuales que los elaboran y luego difunden sin que medien componentes de naturaleza contextual, social, tecnológica, etc.

La distancia que tomamos del librocentrismo, la propuesta de considerar antes que los productos, los procesos, el ejercicio relacional que implican las redes, la circulación de los bienes simbólicos a través de varios circuitos, entre ellos la traducción, las revistas, los encuentros, los viajes, los epistolarios, y otros mecanismos hacen necesario introducir otro factor relevante. Nos referimos al archivo, ya que su presencia o latencia se torna imprescindible para poner a prueba algunas de nuestras conjeturas. Digamos de manera extremadamente sintetizada que mientras que el librocentrismo pertenece al canon, el objeto de nuestra investigación necesariamente debe ocuparse del archivo. ¿Cómo desautorizar al canon sin recurrir al archivo convencional? Esta pregunta guía también nuestra búsqueda. Lo dicho hasta aquí ha incursionado mayormente en la faceta material, tangible o simbólica del archivo, pero no termina de definirlo en toda su dimensión. Hay otras maneras de comprenderlo a contracorriente de como usualmente se lo describe. Foucault condujo la descripción del archivo al campo de las prácticas discursivas y no de la historia. Esas prácticas constituyen “sistemas que instauran los enunciados como acontecimientos (con sus condiciones y su dominio de aparición) y cosas (comportando su posibilidad y su campo de utilización). Son todos esos sistemas de enunciados

(acontecimientos, por una parte, y cosas por otra) los que propongo llamar archivo” (Foucault, 1985 [1969], p. 219). El archivo es capaz de alcanzar otras funciones si su contenido no es tomado como una mera catalogación documental del pasado o un mecanismo que active ciertas memorias. Debido a esta doble perspectiva, el archivo se hace un dispositivo manipulable, de una intensa inestabilidad política. El archivo posee alcances sobre la visibilidad o la invisibilidad de las cosas.

Para Foucault, entonces, el archivo es un acontecimiento del discurso. Es necesario ahondar en esta mirada para incursionar de modos distintos en la cultura literaria. Giorgio Agamben, por su parte, al ocuparse de esta mirada foucaultiana del archivo, observa que el archivo se sitúa entre la *langue* en tanto sistema de construcción de frases posibles (la posibilidad de decir) y “el *corpus* de lo ya dicho, de las palabras que han sido efectivamente pronunciadas o escritas”. Y agrega: “[E]l archivo es, pues, la masa de lo no semántico inscrita en cada discurso significante como función de su enunciación, el margen oscuro que circunda y delimita cada toma concreta de palabra” (Agamben, 2014, p. 76). Esta dimensión discursiva del archivo, alerta sobre los usos de la huella en relación con la ausencia, de lo que no está pero puede reponerse gracias a la marca dejada. Es un punto neurálgico para la historiografía de la cultura literaria que no ha reflexionado sobre todas las implicancias que ello conlleva. El trazo y la marca reposan sobre una metafísica de la presencia que se activa mediante una operación metonímica, cuando repone el todo (lo ausente) a partir de una parte.

Desde esta perspectiva, se nos hace más factible extremar los vínculos entre archivo y canon. A la postre, canon y archivo constituyen regímenes de lo que está autorizado decir como de aquello que brega por decirse. Ambos pertenecen “al sistema de la discursividad” (Foucault, 1985) es decir a “las posibilidades o imposibilidades enunciativas que este dispone” (Foucault, 1985). Nuevamente en palabras de Agamben (2020):

Entre la memoria obsesiva de la tradición, que conoce sólo lo ya dicho, y la excesiva desenvoltura del olvido, que se entrega en exclusiva a lo nunca dicho, el archivo es lo no dicho o lo decible que está inscrito en todo lo dicho por el simple hecho de haber sido enunciado, el fragmento de memoria que queda olvidado en cada momento en el acto de decir yo. (p. 150)

El canon es la memoria obsesiva de la tradición, lo que ha sido dicho y moldeado al tiempo que le compete; el archivo, aunque es lo que no ha sido dicho aún, se encuentra incrustado en todo aquello que se ha dicho. Una tarea central de la investigación será escudriñar el archivo desde estas incrustaciones que componen lo que ya se ha dicho o escrito. De manera que si, como ha escrito Foucault, el archivo “es en primer lugar la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares” (Foucault, 1985, p. 219), es probable que la cultura literaria sea capaz de valerse del archivo para llevar a cabo operaciones depuradoras, transgresoras o restituyentes en tanto “acontecimientos singulares”.





Ahora bien, si la pregunta por el archivo, en sus múltiples acepciones, ha sido una constante en la crítica literaria latinoamericana de las últimas décadas, la persistencia de este interrogante no se debe solo al giro archivístico que atraviesa a las Humanidades en general, como expresa Beatriz Colombi (2019), sino a las especificidades que la literatura y sus conceptos asociados –autoría, clásicos y canon, biblioteca, colección, manuscritos– presentan. Por eso, trabajar con/construir el archivo, más que abordar un cúmulo de documentos a exhumar, implica generar articulaciones: el archivo es sintaxis. De este modo, nos interesa también poner sobre la mesa de montaje de la crítica literaria aquellos restos y vestigios que contribuyan a la organización material y simbólica de la memoria. En este sentido, un archivo se erige siempre en construcción (Didi-Huberman, 2021): la articulación de distintos tipos de documentos –epistolario, fotografías, películas, obra publicada e inédita, borradores, entre otros–, genera un *plus* de sentido, abre nuevos horizontes.

La exhumación de documentos manuscritos y mecanuscritos, la recuperación de textos no reeditados, la relectura de otros textos *olvidados* –acciones más cercanas a “la acción de espigar que a la minería de datos”, como expresa Goldchluck (2020)– pueden ser el puntapié inicial para establecer –atentos a la lógica de las conexiones dispares y a las emergencias (Antelo, 2015; Didi Huberman, 2021)– contacto entre piezas, fragmentos y materiales éditos e inéditos, heterogéneos y disyuntos, para ir más allá del librocentrismo. Más que un dado, un reservorio o un lugar físico, el archivo es fundamentalmente una construcción sintáctica y simbólico-ideológica (Antequera, 2023).

De este modo, el archivo se construye anclado en el por-venir: dando un paso más allá de las materialidades y sus restos, pero a partir de ellos; excediendo, aunque abrazando lo infraordinario (Perec, 1989); limando y superponiendo, como en un palimpsesto borgeano, materiales disyuntos. Como señala Raúl Antelo (2021), construir un archivo no se trata ya de la recuperación de una totalidad preexistente (que, agregamos, sería *métier* propio de la archivística), sino de transitarlo a partir de la fragmentariedad que es la regla del archivo y cuyo principio constructivo siempre vuelve al montaje. Porque un archivo no se establece de una vez y para siempre: su situación será mejor la de un estado de archivación (Derrida, 1995).

En resumidas cuentas, la noción de archivo con la que operamos no remite exclusivamente a un espacio físico determinado y valorizado en su aceptación histórica posterior, sino a la sintaxis que permite leerlo y articular mediante el montaje significaciones teórico-críticas. En palabras de Didi-Huberman (2021): “Forzosamente, la empresa arqueológica debe correr el riesgo de ordenar fragmentos de cosas supervivientes, que siempre se mantienen anacrónicas, puesto que provienen de diversos tiempos y espacios, separados por agujeros. Este riesgo lleva el nombre de imaginación o montaje” (p. 17). Razón por la cual, anacronismo, transtemporalidad y pluralidad u operación colectiva son las notas del archivo.

Algunas contribuciones del *dossier* funcionan como *arenas culturales* (Gorelik y Peixoto, 2016), como espacio de intercambio y debate en donde propuestas de muy diversa índole

piensan ese “más allá del librocentrismo” y su vinculación con el archivo. Tal es el caso del texto de María Eva Báez, en el cual analiza un género actualísimo, cuya compleja construcción espacio-temporal combina la ecodistopía con la ficción ucrónica, trazando escenarios imaginados a partir de la crisis pandémica, nos referimos al pódcast. En efecto, Báez parte del pódcast chileno de ficción *Caso 6* (de formato serializado, ya que cuenta con tres temporadas de diez episodios) y a través de la cibercultura, los sistemas de información, las tecnologías de la comunicación y la ciencia ficción, ausculta la cultura literaria y el archivo de la literatura latinoamericana. Esto es, intenta demostrar ese afán pan-archivista de las tecnologías del presente.

En “El archivo del escritor deudor: *Permanente obra negra* (2019) de Vivian Abenshushan”, Cristina Patricia Sosa muestra la puesta en tensión de las nociones de autoría, de novela y de originalidad en la escritura experimental de Abenshushan, a través del recurso de la cita, la reescritura, el plagio y el montaje, proponiendo así una versión no extractivista del archivo, el archivo como fichero. Cada vez que en *Permanente obra negra* se dice “libro”, la palabra aparece tachada; ese gesto tipográfico construye un dispositivo entrópico que se erige como una resistencia no solo a su forma tradicional, sino a las convenciones sobre su circulación y lectura.

En su *Carta sobre el humanismo*, Heidegger (1948) reivindica la existencia en el anonimato como una forma de resistir a la tentación de la publicidad y a la impotencia de lo privado, nos dice Raúl Antelo en “Resistencia, anonimato, hermandad: una doxografía orquídea”. Lectores de Heidegger, el poeta Godofredo Iommi y el ensayista Efraín Tomás Bó, miembros de una curiosa hermandad que recorre América en los años 40, acuñan una experiencia de lo poético que pasa por lo societario acéfalo. A partir de esta escena, Antelo hace un uso doxográfico del archivo, toda una estrategia para ir más allá del librocentrismo en esa contigüidad entre vida y escritura.

Un *impulso de archivo* nos conduce hacia un intelectual que dedicó su vida al nacionalismo cultural a través de la arquitectura, la escritura, la historia del arte, la docencia y gestión universitarias en la primera mitad del siglo XX. En “Ángel Guido, contraarchivista” a María Florencia Antequera le interesa auscultar *Redescubrimiento de América en el arte* (1940), desde una perspectiva del contraarchivo, esto es, desde el trabajo de reescritura de relatos históricos que desmontan jerarquías y cánones de relatos hegemónicos (Cámara, 2022) e inscribirlos en un debate por un arte y una arquitectura emancipados. Ese archivo – americanista, euríndico– con el que Guido está maniobrando se coloca en el centro de una operación en curso, en las artes, que no consiste en trascender la tradicional problemática del coleccionismo, sino en dislocar sus usos (Antelo, 2014) para ir más allá del librocentrismo.

En el primer tercio del siglo XX, período de intenso crecimiento de los proyectos de difusión cultural en España, se destacó el desarrollo de un género híbrido, a caballo entre el libro y las revistas, las “novelas cortas”. Marcos Olalla analiza el discurso criollista en algunas de estas publicaciones de bajo precio y tirada semanal del escritor anarquista argentino Alberto Ghirardo (1875-1946). En ellas lee una reescritura de la historia argentina





presentada al público español en el despliegue del poder estatal pero también en la figura del gaucho, los caudillos, el indio, entre otros.

Por su parte, Constanza Correa Lust discurre en torno a la concepción de la ensayística como práctica discursiva privilegiada de los intelectuales latinoamericanos de los 60 y los 70, en particular del uruguayo Mario Benedetti, y como herramienta de transformación de la sociedad. Tres características fundamentales del género son abordadas en "Dimensiones del ensayo benedettiano: lo performático, lo autopoético y lo agónico. Propuestas de análisis para la práctica discursiva de un intelectual comprometido". El compromiso político también campea en "Memorias, poesía, testimonio, traducción poética: el giro espacial aplicado a la obra de Claribel Alegría y Carolyn Forché". En efecto, Marcela Raggio analiza algunos puntos de contacto entre estas poetas, a partir de esa consideración de la poesía política como resultado de una vivencia en el plano emocional pero también espacial, que en ambas se podría definir como translocal. De igual modo, le interesa comprobar que el diálogo entre Alegría y Forché se produce no solo mediante la traducción, sino en los ecos de la experiencia centroamericana, a fin de esbozar los modos en que se llevan a cabo los pasajes transculturales en la literatura de las Américas.

En "Los años que ensancharon la literatura argentina", Eduardo Romano nos comparte un enjundioso fragmento de su autobiografía intelectual, correspondiente a *los sesenta*. Romano intenta explicar las razones –sociopolíticas, históricas, culturales– por las cuales se amplió el campo literario a partir de 1955. Ese ir más allá del librocentrismo en su itinerario intelectual en la Universidad de Buenos Aires con el tango, la gauchesca, el folletín, la poesía popular, la cultura de masas, entre otros, es abordado a través de las lecturas, los discursos y los intelectuales que lo interpelaron.

El estudio de las publicaciones periódicas contribuye a echar luz sobre las producciones culturales en proceso y a la vez como elaboración conjunta y banco de prueba de múltiples dispositivos. Para un cabal estudio de las revistas es necesario no descuidar la incidencia de la materialidad en la circulación del escrito, sean estos libros, revistas, manifiestos, panfletos. Las redes revisteriles pueden constituir un problema si no se completa con la dinámica de las redes propiamente intelectuales. En otras palabras, una no puede desentenderse de la otra. L. J. Arencibia, en su aporte "Guillermo Cabrera Álvarez y la literatura de familia. Una columna periodística como vórtice de gestión cultural", recorre un espacio de prensa semanal que contribuyó a la generación de redes lectoras que no hacían especial distinción lo "culto" y lo "popular". Cabrera Álvarez estuvo en el centro de la red, en calidad de gestor cultural.

Claudio Maíz, en "La representación de un acontecimiento político. La ruptura democrática chilena en Marcha y Crisis, dos revistas del Cono Sur", intenta captar un acontecimiento político como fue el golpe militar en Chile a través de dos publicaciones periódicas. El acontecimiento no es natural y por tanto su reconstrucción es discursiva. Ello conlleva una sintaxis, un orden temporal, actores y la elaboración de hipótesis.

Lucía Coppari contribuye con el artículo “Colectivos en la feria, ferias en colectivo. Un abordaje sobre asociaciones entre editoriales independientes de Argentina”, poniendo en valor los nuevos asociativos en el campo editorial como un modo de acrecentar la distribución y comercialización. Gustavo Velázquez, en “Estrategias de posicionamiento de los sellos independientes de ciencias sociales. El caso de Ediciones del Signo”, se ocupa también de la edición independiente, específicamente a las editoriales interesadas en la publicación de textos de ciencias de sociales y se detiene en el estudio de Ediciones del Signo. Soledad Quereilhac, en “La Literatura, prensa y divulgación científica: Rubén Darío en Buenos Aires”, se interesa por la circulación de los textos de Rubén Darío en la prensa latinoamericana y advierte sobre el hecho de que solo una porción de esos discursos ha sido incorporada en libros. Está interesada en la forma en cómo los cuentos fantásticos de Rubén Darío, escritos y/o publicados en Buenos Aires en la última década del siglo XIX, se entretajan con la información periodística y la divulgación de las novedades científicas, pseudocientíficas y técnicas que circulaban en la prensa. Observa que estas convivencias tuvieron consecuencias en el desarrollo del cuento en la Argentina.

Claudia Roman, en “Viajes de la escritura literaria entre el diario y el libro: el caso de El puñal de Orión, de Sergio Piñero (h.)”, lleva a cabo un análisis microtextual dos textos de un martinfierrista, valiéndose de la articulación de perspectivas teórico-metodológicas provenientes de la historia del libro, de las materialidades y de las textualidades. Este abordaje le permite apreciar la importancia de la mediación del periódico y del libro. Hanno Ehrlicher, en “Redes en revistas y revistas como redes: nuevos retos metodológicos”, propone un nuevo modo de abordar la literatura desde la medialidad intrínseca de las revistas tanto como desde el enfoque de las redes en revistas culturales. La perspectiva se justifica por el hecho de que las publicaciones periódicas son indicadores sensibles de la recepción literaria. El autor pone a prueba estos desafíos en el estudio de *Amauta*, con una particularidad: se ocupa del formato digital de la publicación en tanto “pequeño archivo”.

## Referencias

- Agamben, G. (2014). *Lo que queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Pre-Textos.
- Antelo, R. (2014). *O arquivo e o deslocamento dos usos da tradição*. *Bólido*, 1, 46-57.
- Antelo, R. (2015). *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*. EDUVIM.
- Antelo, R. (2021). El archivo aturdicto. En G. Goldchluk y J. Ennis (Coords.), *Las lenguas del archivo: Filologías para el siglo XXI*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/174>
- Antequera, M. F. (2023). *Periódico El Mocoví 1908-1909, fundado por Alcides Greca*. Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras. <https://bdigital.uncu.edu.ar/19794>
- Bachelard, G. (2000). *Poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica. (1º edición de 1957).
- Cáceres Riquelme, J. (Ed.). (2019). *Ideas secundarias Relecturas, vi(a)gencias y proyecciones*. CENALTES ediciones.
- Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción* (Trad. Juan Manuel Iranzo). Anthropos.
- Derrida, J. (1995). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Trotta.



- Didi-Huberman, G. (2021). El archivo arde. En G. Goldchluk y J. Ennis (Coords.), *Las lenguas del archivo: Filologías para el siglo XXI*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/174>
- Eichenbaum, B. (2004). [1929]. Cotidianidad literaria. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 6. 305-315.
- Foucault, M. (1998). ¿Qué es un autor? *Revista Litoral*, 25/26, abril 1998, EDELP, 35-71.
- Foucault, M. (1985) [1969]. *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Goldchluk, G. y Pené, M. (Comps.). (2003). *Palabras de archivo*. Ediciones UNL y CRLA Archivos.
- Goldchluck, G. (2020). Archivos latinoamericanos y la extracción del sentido. *Chuy*, 7 (9), 243-260.
- Gorelik, A. y Peixoto, F. (2019). *Ciudades sudamericanas como arenas culturales: Artes y medios, barrios de élite y villas miseria, intelectuales y urbanistas: cómo ciudad y cultura se activan mutuamente*. Siglo XXI.
- Greenblatt, S. (1991). O novo historicismo: ressonancia e encatamiento. *Estudos históricos*, 4 (8), 244-261.
- Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo* (Trad. Joaquín Ibarburu). Katz.
- Perec, G. (2008) [1989]. *Lo infraordinario* (Trad. de Mercedes Cebrián). Impedimenta.
- Scarano, M., Bergese, M. C. y Brizuela, M. (2020). Sobre la edición de Todo al vuelo de Rubén Darío en el largo fin de siècle: crónica y subjetividad. *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, 9 (20), 359-368.